

LA REDENCIÓN DE ROSALERA

TADE THOMPSON

Traducción de Raúl García Campos

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *The Rosewater Redemption*

Publicada por primera vez en inglés en 2019 por Orbit, un sello de Little, Brown Book Group, Londres.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 2019 by Tade Thompson
© de la traducción: Raúl García Campos, 2022
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-1362-787-8
Depósito legal: M. 7.588-2022
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

*Para Hunter.
¡Los hijos medianos son los más mejores!*

«El cuerpo del hombre no está separado de su alma;
pues lo que llamamos cuerpo no es sino una parte del
alma que se discierne a través de los cinco sentidos.»

William Blake,
El matrimonio del cielo y el infierno

Preludio a la Redención

Los últimos días

Soy la persona menos indicada para contar esta historia, pero nadie más está dispuesto a hacerlo. Los pocos que conocen todos los hechos (o, al menos, más hechos que yo) no tienen ningún interés en revivirla. Yo tampoco, pero lo que sí tengo es el deseo de contarla, así que eso es lo que voy a hacer. Se dice que la información, al igual que la energía, no se destruye. Ignoro cuánto hay de verdad en eso, no soy omnisciente. De lo que sí estoy segura es de que los límites de mi realidad empiezan a difuminarse, así que procuraré ser breve.

Soy la persona menos indicada porque, debido a lo implicada que estoy, no puedo ser objetiva. Quizá incluso altere algunos de los hechos para adaptarme mejor al hilo narrativo. Si estás de acuerdo con estas advertencias, escucha: me llamo Oyin Da, y estoy aquí para contarte el principio y el final.

Llevan persiguiéndome desde que era adolescente. El Gobierno dice que soy peligrosa, y lo soy, si crees que las ideas entrañan algún peligro. Una bala es una idea.

Y también lo es una escopeta. De vez en cuando me pongo una chilaba para que nadie sepa de qué época procedo.

Viajar en el tiempo puede suponer un problema. No es que no funcione, porque sí que funciona. Lo que resulta problemático es el cómo. El tipo que concibió la máquina, Conrad, era... inteli-

gente, pero a juzgar por sus escritos, debía de padecer una grave psicosis; porque ¿qué demonios son unos «hucfarlóbulos»? Todos sus papeles están plagados de palabras, neologismos y metonimias absurdos. Ninguna de las extrapolaciones que hicimos mi padre, el profesor y yo sirvió de nada en la Lijad. Por no hablar del proceso de miniaturización que se requería para mis partes cibernéticas.

Será mejor que empecemos ya. No hay tiempo que perder. Y, sin embargo, lo estoy perdiendo. Es porque no sé por dónde empezar. Han ocurrido, están ocurriendo y van a ocurrir muchas cosas. El mundo entero tiene los ojos puestos en Rosalera, mientras la Unión Africana discute qué hacer con la ciudad. No será complicado: hace poco se anexaron todas las islas caribeñas. Rosalera será fácil. Aunque nada que tenga que ver con Rosalera es fácil o predecible. Sí, puede que el azúcar glasé se lo hayan echado gratis, pero aun así la tarta hay que pagarla. Vaya que sí.

Soy Oyin Da, la improbable, la Chica de la Bicicleta. Soy una artesana; la historia es mi arcilla. Préstame mucha atención. Habrá giros de guion, el punto de vista podrá cambiar de repente y se levantarán huracanes sin previo aviso.

Soy Oyin Da, la improbable, y estos son los últimos días de Rosalera.

Matar en Rosalera

En 2068, dado que ahora las curaciones se efectúan de forma constante, en lugar de una vez al año, es casi imposible matar a nadie dentro de la ciudad de Rosalera, de modo que los cuatro que somos en mi equipo llevamos un cuarto de hora disparando contra un hombre, recargando y concentrando los balazos en el cerebro, con la intención de destrozárselo por completo para que, cuando se regenere, la persona que era antes ya no pueda volver a ser, y los alienígenas no puedan emplear su cuerpo a modo de receptáculo.

—Un momento —digo—. Probemos con una carga química.

El cráneo está abierto; el rostro, hecho un amasijo de carne; y, aun así, continúa sanando. Tolu embute una carga en la fosa craneal media y se aleja corriendo.

—¡A cubierto!

Se produce una explosión sorda, pero una llamarada química se propaga en todas direcciones, y entonces sé que su cerebro no podrá sobrevivir a algo así. Ya nos hemos hecho con el chip identificativo.

—Vamos. La Policía no tardará en aparecer —digo.

Ellos se escapan por su lado, y yo me desvanezco en la xenosfera.

Koriko significa «hierba»

Le gustan las mañanas. Le gusta oír a las lombrices revolviéndose plácidamente bajo la tierra y a los pájaros ensayando sus trinos, y también le gusta sentir la humedad del rocío matinal. El sol apenas asoma tras el horizonte y el nuevo resplandor despereza a cuantos seres vivos rodean a Alyssa, incluidos los humanos y aquellos que son como ella: los hogarícolas. Una vez más, ha dormido al raso y, a juzgar por los cristales que le cubren el cuerpo, unos zarcillos se han agarrado a la tierra y han echado ramas hasta arroparla con una maraña de frágiles tallos bifurcados. Da un bostezo y desmenuza todo el tejido al estirarse, y a continuación se levanta.

Desde aquí otea el valle del Yemayá, la ciudad que se expande en el centro y la extensión del extrarradio. También divisa las fronteras con Nigeria, controladas por los robots centinelas, y a los humanos del turno de noche, equipados con sus trajes tecnológicos.

El lugar donde antes se levantaba la biobóveda lo ocupa ahora un aeropuerto. Y al lado de este se encuentra la Colmena, donde se lleva a cabo la gestión de los hogarícolas.

Es lo que siempre había querido (no su parte humana, sino su yo hogarícola): un planeta sin infestar por las toxinas y sin una actividad industrial descomedida. No hay drones foráneos en el aire. Los nigerianos han aprendido a dejar de enviarlos; salía demasiado caro reemplazarlos cuando vieron que los múltiples ganglios los derribaban una y otra vez.

Ella es la ciudad y la ciudad es ella. Los nervios de Ajenjo se extienden por las paredes de todos y cada uno de los edificios, reticulados bajo tierra, por el río. Todo es de ella, todo es ella.

Así, oye y siente una explosión. Se ha producido demasiado lejos de su cuerpo, pero su conciencia se adentra en la zona mental, en lo que los humanos llaman «xenosfera».

¿Cómo me llamaban? Koriko, que significa «hierba». Tuvieron que ponerme un nombre para poder adorarme. No entiendo por qué. Nunca respondo a sus plegarias, y solo me ocupo de los asuntos de los hogarícolas, pero los oigo constantemente. Algunos creen que encarno a la ciudad y me llaman Rosalera. Hay algo de cierto en eso, pero esta ciudad no existiría de no ser por Ajenjo. Cuando pienso esto, Ajenjo se rebulle, concibiendo una advertencia y afirmándose en su afecto, que no me profesa a mí. Sueña con mi predecesor, Anthony, su difunto avatar. Creo que lo prefería a él. Para mí solo tiene silencio.

Es una guardería. O lo era. En un cráter recién abierto por una bomba hay varios niños humanos muertos y desmembrados. Sin duda, una pieza de artillería que no llegó a estallar durante los bombardeos de la insurrección. El metal de los columpios y de los toboganes está retorcido, al rojo vivo. Hay dieciséis niños heridos, y Alyssa los cura en cuestión de minutos, antes de que lleguen los angustiados padres.

Oye el murmullo de las oraciones, pero no titubea, incólume su determinación. Da las instrucciones debidas y, en las profundidades, Ajenjo se agita. La tierra se desplaza y retumba por segunda vez, y unos zarcillos emergen del suelo. Se enroscan en torno a los cinco niños muertos y se los llevan consigo, al seno de Ajenjo, ajenos a las súplicas desgarradoras de los padres.

¿Acaso no lo saben? ¿Por qué preguntan? ¿Por qué siempre preguntan? Todavía hay miles de millones de hogarícolas en la luna hogariana a la espera de que se les adjudique un huésped terrícola, y Alyssa-Koriko es su psicopompo.

—Rogadles a vuestros propios dioses —les dice a los que están rezando.

Deja su lugar de descanso para atender a los cinco niños fallecidos.

Límites

Oyin Da observa a Koriko mientras esta se aleja. Se recuerda a sí misma que hay una solución para cada problema, en un intento de no caer en la desesperación. Percibe la misma actitud en Tolu Eleja, que aguarda a su lado. Desde que Kaaro y ella lo rescataron en

el 66, Tolu se ha integrado en la resistencia con gran entusiasmo, incansable y eficiente ante los agentes del Gobierno, siempre centrado en su cometido, como un buen soldado. Por desgracia, Koriko ha dado lugar a una situación muy distinta de la que todo el mundo esperaba, y las dotes de Tolu no resultan de tanta utilidad para la tarea que tienen entre manos.

—Es demasiado poderosa e impasible —observa Tolu.

—Lo sé —dice Oyin Da.

—¿Cómo vamos a...?

—No lo sé —lo interrumpe ella—. Pero quiero descubrir los límites de sus habilidades. Vamos.

Mafe

El testigo le dice a Aminat que el muerto no podía sino morir joven.

—Se llamaba Jackson Mafe y era idiota. Ya podías tener toda la paciencia del mundo, que Jackson te sacaba de quicio. Estaba un poco... Ya sabe. —El testigo se señala la sien con el dedo índice, que después mueve en círculos mientras enarca las cejas. Aminat asiente. Jackson padecía algún tipo de discapacidad intelectual. «Sigamos.»

—Seis de la mañana en la calle Lumumba, cuando estoy abriendo. Veo pasar a Mafe y le saludo, pero él no me responde. No le doy importancia. Al rato, se acerca caminando en la dirección opuesta, solo que no va caminando, sino más bien marchando. Aunque tampoco es una marcha normal. ¿Cómo se llama a eso de levantar los pies tan alto como puedes sin doblar las rodillas?

Paso de la oca.

—Sí, eso. Iba al paso de la oca.

En cualquier caso, ahora Mafe está rígido y frío, en la misma postura en la que cayó, cubierto por el dulce rocío matutino de Rosalera, vestido con la misma ropa con la que fue visto el día anterior, el semblante casi apacible, tan limpio de arrugas como de expresión. No debe de llevar mucho tiempo muerto. Los gules aún no se han apropiado de él, así que ha terminado convirtiéndose en un reanimado. Hoy en día son muy raros de ver. Los hogarícolas se dan mucha prisa a la hora de ocupar los cuerpos disponibles,

tanta que a veces solo transcurren unos instantes desde que se produce el fallecimiento. Cuando Aminat termina de revisar las declaraciones de los testigos, Mafe ha empezado a sacudirse espasmódicamente y tiene los ojos abiertos. A Aminat le da la impresión de que los mantiene clavados en ella, acusadores.

Habla en privado con un equipo de detectives y les ordena que arresten a los sospechosos.

—¿Por qué? —se extraña uno.

Porque es vuestro trabajo, responde Aminat, provocando que todos se rían. Sin embargo, guardan silencio de pronto cuando se fijan en su gesto pétéreo.

Cuatro arrestados, uno de ellos cuando está comiendo *abula*, plato que insiste en llevarse consigo porque el «el rancho de la trenna es bazofia». Pese a que lo han esposado, se las apaña para dar otro bocado y sonrío.

El escaneo del chip identificativo arroja múltiples errores, tal y como Aminat se esperaba. Tienen etiquetas civiles emitidas por el Gobierno, pero también mejoras militares producto de la guerra, así como identificadores fantasma, muy comunes entre la clase criminal. Incluso la propia Aminat lleva uno, del que se sirvió cuando la insurrección la convirtió en una fugitiva.

No ha llegado a la oficina cuando el alcalde la llama.

—Suéltalos —dice.

¿*Que suelte a quiénes?* Aminat se hace la tonta.

—Ya sabes de quiénes te hablo. Hoy el día se me presenta muy ajetreado, y a ti también. Deja de perder el tiempo con los héroes de guerra.

¿*«Héroes de guerra»?* Provocaron la muerte de un hombre indefenso. Hicieron que se le...

—¿Le dispararon a sangre fría? ¿Lo apuñalaron? ¿Lo pasaron a bayoneta? ¿Lo golpearon?

No.

—Pues entonces suéltalos, Aminat. Joder.

No fue el encargo de una... empresa privada.

—Adiós, Aminat.

Aminat da las órdenes necesarias, pero autoriza un operativo extraoficial de vigilancia por medio de artdrones, y hace que los

datos recabados se le envíen al subcutáneo. Sigue a los cuatro sospechosos de forma intermitente durante todo el día. Los patólogos confirman que Mafe ya no está, que no lo han repositado, que es un reanimado común. Koriko debe de estar muy ocupada.

Más tarde, sale de casa a hurtadillas empleando el identificador fantasma que le hizo Pez Malo. Siente que se ha distanciado de su novio, pero cree que aún tiene tiempo para arreglar la relación, aunque también tiene la impresión de estar rodando ladera abajo con una avalancha pisándole los talones.

Sueño irregular

Kaaro se despierta en cuanto Aminat sale de la casa, dejando a medias un sueño que lo había llevado a restregarse la mejilla contra una tosca pared de adobe, sobresaltado al cortarse su vínculo psíquico. No se levanta ni se agita. Sabe lo que viene ahora: Aminat estará fuera un par de horas y volverá magullada y dolorida. Sin embargo, ella no hablará del tema y él no se asomará a su cabeza en busca de respuestas.

La pantalla de su teléfono se enciende y, en un primer momento, cree que es un mensaje de Aminat, pero solo se debe al aviso de la actualización de software del terminal subcutáneo, la cual aprueba antes de activar el modo noche.

Se gira y sigue durmiendo.

La mosca detrás de la oreja

Cuando una buena parte de su mundo desaparece, Pez Malo interrumpe el estudio sobre conexiones de red no contiguas que está llevando a cabo para investigar lo sucedido.

Se quita el casco conector y parpadea para que la vista se le adapte a la iluminación del laboratorio. Tres estafadores informáticos duermen en el suelo en distintas posturas, uno de ellos con la boca abierta. De la pared cuelga un traje conector en el que Pez Malo está trabajando, prácticamente terminado. Se desliza hacia una de las cinco estaciones de trabajo, casi atropellándole la pierna a uno de los timadores, y despliega los detalles en un holograma.

Dispone de un mapa de todos los chips identificativos, en el que destacan las personas de mayor relevancia.

Kaaro se cuenta entre los cinco primeros; Pez Malo le hace una comprobación varias veces al día.

Su identificador acaba de desaparecer.

Esto puede significar muchas cosas: un error de software, un acceso a unas instalaciones de seguridad o incluso un deceso.

Pez Malo actualiza el sistema y sitúa el foco en Rosalera, pero Kaaro no reaparece. Busca a Aminat y la encuentra en modo fantasma. Abre las grabaciones de vigilancia y cuantas imágenes se han captado en torno al fantasma, lo cual no es tarea fácil puesto que se trata de un modo en el que Aminat es ciberinvisible, y además hay otros fantasmas rudimentarios en torno a ella. Cuando el estafador informático que tiene más cerca se tira un pedo, Pez Malo le da un puntapié.

Se frota la barbilla. Aminat parece estar ejecutando algún tipo de misión, por lo que ponerse en contacto con ella ahora podría complicarle las cosas. Podría llamar a Kaaro, pero quizá ese imbécil forme parte de la operación, aunque esté «retirado». Por tanto, Pez Malo se limita a comprobar el hardware con minuciosidad, en todo momento con la mosca detrás de la oreja.

Efluvios

Sospecho que algo va mal, pero no sé muy bien el qué. Estoy sentada, mirando la pared donde he clavado con chinchetas las notas sobre los distintos actores. El último viaje a 2067 se me hizo un poco raro, más que nada porque ya había visitado ese momento exacto y lo recordaba distinto de como lo vi en esta ocasión. ¿Será una mala pasada de mi memoria o será que la máquina me había enviado a una dimensión alternativa?

Cuando los ojos empiezan a dolerme, me los froto, y luego vuelvo a estudiar el tablero.

Kaaro. Aminat. Jack Jacques. Hannah Jacques. Alyssa, o Koriko. Taiwo. Femi Alaagomeji. Pez Malo. Ajenjo. Rosalera.

Todos ellos se arremolinan en torno a mí, el futuro de la humanidad pendiente de un hilo. Quizá yo sea la única que tiene una ligera idea de lo que hay que hacer y cuándo. Ojalá.

Rompo los papeles y arrojó los fragmentos al aire, para después recogerlos, apilarlos al azar y volver a clavarlos en diferente orden, confiando en que así las piezas encajen, en encontrar la inspiración.

Doy dos manotazos en la pared. Mi habitación se asemeja al interior de un tanque de agua, y de hecho quizá lo fuese en el pasado. Todas las pantallas están apagadas; los efluvios impiden que me concentre. Una portilla se abre y una mano me tiende un café humeante, el quinto de los que he pedido solamente a lo largo de la última hora. Me quemó la lengua pero apenas me doy cuenta. Tengo el estómago revuelto; según parece, no solo de café vive el hombre. Ni la mujer.

Pongo un disco de I. K. Dairo, empezándolo por *Salome*, y canto con ella, balanceando la cabeza adelante y atrás.

Pienso.

Buscándote en el agujero donde te habías metido

Dahun, al contrario que la mayoría, vive feliz.

Tiene su casa en Níger, en la parte del Sáhara de la Gran Muralla Verde, donde el aire sopla fragante y el calor es piadoso. Las noches están cargadas de misticismo y en cada rincón se habla una variedad distinta de árabe. En las noches tranquilas, puede oír la música palpitante de la discoteca, The Disco Inferno. Sentado en la terraza, brinda por la luna llena y lee las noticias de la bolsa. Es un tema del que no entiende nada, pero aspira a convertirse en un experto algún día, puesto que con su último trabajo acumuló una cuantiosa suma. Se pregunta si debería seguir ofreciendo sus servicios, porque lo último que le apetece es abrazar una ametralladora y volver a jugarse la vida, por mucho que le paguen.

Se toma la ginebra de un trago y se sirve otra.

Cuando termina la botella, se dirige al dormitorio con paso vacilante. Después decide que mejor sale a dar un paseo, para despejarse. Todavía es pronto; quizá se acerque al pueblo, donde pueda charlar un rato con un ser humano de verdad que no esté al otro lado de un dispositivo electrónico. Se pone la capucha (es curioso el frío que llega a hacer en el desierto por la noche). En cuanto se aleja medio metro de la casa, los protocolos de seguridad se activan.

Recorre el sendero de la entrada y gira hacia la izquierda para salir a la carretera polvorienta y bordeada de matorrales. Se nota extraño dos segundos antes de que algo se le escurra sobre la boca, se le enrosque a la garganta y le presione los brazos contra los costados. Es como una pitón o una boa constrictora, un ser orgánico, musculoso, inflexible. Intenta morderlo, en vano. Cae al suelo, maldiciéndose por haber perdido reflejos, y repara en el hombre que parece controlar a la serpiente.

—Caleb Fadahunsi —dice el desconocido—. Tranquilo. He venido a detenerte.

La silueta del hombre se antoja extraña, incluso entre las sombras. Viste una especie de sudadera con capucha y unos pantalones oscuros y ceñidos, pero la cosa que mantiene inmovilizado a Dahun parece nacer del brazo derecho del hombre, como si formara parte de él. Conoce el nombre completo de Dahun, lo que significa que han hecho bien su trabajo, sea quien sea la gente para la que trabaje. No le hace ninguna gracia que lo llamen Caleb. Se acerca un coche, demasiado oportuno para tratarse de una coincidencia. Es un todoterreno con las lunas tintadas, de aspecto militar, que avanza a gran velocidad. Cuando se encuentra a unos veinte metros y empieza a aminorar, el dron perseguidor de Dahun lanza un misil compacto contra él. El hombre se alarma, al igual que Dahun cuando comprueba que el vehículo está intacto, seguramente gracias a su blindaje.

—No te resistas —le advierte el hombre.

Es una imprudencia por su parte, porque el dron volverá a disparar en cuestión de segundos. Está vinculado con el identificador de Dahun y actuará contra todo a excepción de él. Ya ha dejado atrás el tejado y se dirige veloz hacia ellos. El hombre mantiene la calma.

—Utiliza proyectiles antiblindaje —le avisa Dahun—. Lárgate y olvidémonos de todo esto. —Sin embargo, cuesta oír su voz bajo la mordaza de la serpiente.

Dos sombras persiguen al dron, y bajo la luna llena Dahun las ve aletear: búhos, búhos de vigilancia cibernética. Se echan encima del dron, que intenta virar, demasiado tarde, y cambiar de objetivo. Entre los dos búhos, el dron cae al suelo silenciosamente.

El tentáculo (porque es un tentáculo y no una serpiente) afloja su presa. El coche se acerca y se detiene junto a Dahun.

—Entra —le ordena el hombre.

Dahun se levanta.

—Me detienes solo porque me apetecía dar un paseo.

El hombre protege la cabeza de Dahun con la mano cuando este sube al todoterreno.

—¿Y quién crees que te metió esa idea en la cabeza?

El vehículo, eléctrico, se conduce por sí solo, tal vez propiedad del Gobierno. El hombre lo esposa y le pone el cinturón. De piel clara y apariencia algo grotesca, es sin duda de Rosalera, lo que resulta chocante porque el Gobierno nigeriano es quien controla las BVC, las bestias de vigilancia cibernética, y luego está el vehículo militar. Dahun se despidió amistosamente del alcalde Jack Jacques al término de la guerra. Jacques le pagó con generosidad, y en plazo. ¿Por qué iba a...?

—¿Quién eres? —le pregunta Dahun.

El hombre mantiene el rostro oculto bajo la capucha. El tentáculo se enrosca y golpetea el asiento como una lengua reptiliana.

—¿Para quién trabajas?

Más silencio.

—¿Eres de Rosalera? ¿Eres un reconstruido?

Cuando el todoterreno coge un bache, el hombre se aprieta contra el cinturón del asiento.

—Estúpido.

—¿Qué?

El hombre estira el cuello hacia delante, pero la sombra de la capucha transforma su cara en un pozo insondable.

—Que eres un estúpido. Pero no te preocupes, no te pasa solo a ti.

—No creo que...

—Mi madre era abogada y decía que todo aquel que sea detenido en un país libre o supuestamente libre tiene derecho a guardar silencio. Sin embargo, ¿hay alguien que ejerza ese derecho? No. Siempre tienen que abrir el maldito pico, ¿verdad? Como si los policías fueran sus confesores. Quiero decir, les gustaría serlo, pero no lo son. Todo el mundo cuenta cuáles fueron los hechos, pero al hacerlo se incriminan ellos mismos. Así que, Caleb, cállate de una

vez. No tienes ni idea de quién soy ni de por qué te he detenido. Todo lo que me digas podría serme de utilidad.

Por el acento, parece de Sudáfrica, con ese extraño gorjeo de resonancias holandesas que le imprimen a su entonación.

—Entonces ¿estoy detenido?

No obstante, el sudafricano sigue su propia recomendación y no le responde.

Mientras dormías

El teléfono despierta a Kaaro con la llamada de un número desconocido. El lado de la cama donde duerme Aminat está frío.

—Tiene que venir a la cárcel, señor Kaaro. —No reconoce la voz.

—Ya no se me permite entrar en las instalaciones gubernamentales. Y es Kaaro sin más.

—En esta ocasión se le han retirado esas restricciones, y además se tomarán las precauciones pertinentes.

—Ya, pero no tengo por qué hacer lo que me dices. Yo no trabajo para el Gobierno —dice Kaaro—. Estoy retirado.

—Femi Alaagomeji solicita su presencia, señor.

Kaaro mira fugazmente el lado donde no está Aminat y contesta:

—Estaré ahí dentro de una hora.

El dichoso Locke

—Me gustaría trasladarle la pregunta a Hannah Jacques —dice el presentador.

Hannah no titubea.

—Para explicar esta cuestión, recurriré a un ejemplo universal, válido tanto en Rosalera como en Ojuelegba, Lagos. Pongamos por caso a una mujer de cuarenta años, de cuarenta shakespearianos inviernos. Se ve envuelta en un accidente automovilístico o se cae por una ventana. De una u otra forma, sufre daños cerebrales, de extrema gravedad, pero no muere. Tras un largo tratamiento médico y después de pasar varias veces por quirófano, sobrevive, aunque ya no es la misma de antes. Su personalidad

ha cambiado. Cojamos a esta misma mujer, ahora sin accidentes de por medio, pero cuarenta años mayor, con la enfermedad de Alzheimer. Ya no es aquella que era con cuarenta, ni con catorce. Y de nuevo la misma persona, esta vez sin accidentes ni demencia, solo que ha tenido una apoplejía y le cuesta entender y articular las palabras. Ya no es la de siempre. Podría seguir así un buen rato. ¿Esquizofrenia? ¿Estrés postraumático? ¿Amnesia disociativa?

—Aún no ha respondido a la pregunta, señora Jacques —le recuerda el presentador.

—Ser una persona no consiste solo en tener memoria. Damos por hecho que, al morir, los reanimados se desprenden de su yo, y que, una vez que Ajenjo los resucita, ya solo son cuerpos, recipientes orgánicos a la espera de que los ocupe alguna presencia alienígena. Es como una pesadilla ideada por el fantasma de John Locke. Están esos alienígenas, estúpidos pero muy avanzados tecnológicamente, que almacenaron los recuerdos de todo su pueblo y después lo aniquilaron. Sin duda, Locke diría que los recuerdos son el pueblo, y en ese sentido, todos y cada uno de ellos siguen vivos, almacenados en un servidor ubicado a billones de años luz. También diría que los reanimados no están vivos, puesto que no parecen recordar la vida que llevaban antes. Utilizar los cuerpos reanimados como huéspedes para los hogarícolas muertos sería tan sencillo y cuestionable desde el punto de vista ético como ponerse la ropa puesta a la venta por una organización benéfica. En realidad, aprovecharse así de los reanimados es como echar sal en la herida de los familiares de los fallecidos.

El presentador levanta la mano.

—Lamento tener que interrumpirla para centrarnos en la pregunta: ¿cree que los reanimados hogarícolas son personas?

—Creo que los cuerpos en los que esos recuerdos se han insertado son personas. La humanidad no consiste tan solo en los recuerdos. El yo viene encarnado, y por eso Hannah Jacques reanimada seguiría siendo Hannah Jacques, del mismo modo que Hannah Jacques con demencia seguiría siendo Hannah Jacques.

—En ese caso, ¿a quiénes debemos considerar hogarícolas? —pregunta el presentador.

—Todos los hogarícolas murieron durante el genocidio que dirigieron contra sí mismos y que pretenden vendernos como una solución desesperada para sobrevivir. Ahora yo le haré una pregunta a usted: cuando un hogarícola descarga su yo en el recipiente humano, ¿se conserva una copia en el servidor? Porque, de ser así, ¿quién es el hogarícola: la copia del servidor o la que hay dentro del cuerpo humano?

—No tenemos tiempo para extendernos. Señoras y señores, Hannah Jacques.

Cuando el aplauso se extingue y los micrófonos se cierran, el presentador le dice por lo bajo a Hannah:

—Esto no va a alegrarle el día a su marido.

—No le han hecho las cejas pero que nada bien —contesta ella sin más, antes de abandonar el estudio.

Hermana Soledad

Femi entorna los ojos cuando vienen a buscarla. Por lo general, pasa veintitrés horas al día a oscuras, ella sola, sin más sustento que un poco de pan y agua, y con un simple cubo en la esquina como cuarto de aseo, a lo que debe sumar la humillación de saberse observada por medio de la cámara de infrarrojos instalada en el techo. Hace tiempo que dejó de contar los días, pero calcula que llevará año y medio encerrada sin juicio previo. Dejó de menstruar al cabo de seis meses, a causa de la malnutrición. Cada cuatro semanas la examina un médico indiferente. Todos los días, durante la hora que pasa a la luz del sol, se mira las llagas, las uñas y el tono de la piel, y comprueba cuánto se ha agravado la insuficiencia de vitaminas y de micronutrientes. A menudo, el pan está enmohecido, pero Femi no pierde la esperanza de que el *Penicillium* la provea de la cantidad justa de antibióticos y, quizá, incluso de algún mineral imprescindible.

La cabeza.

Con el tiempo llegó a convencerse de que había perdido la cabeza, pero poco a poco ha cambiado de opinión.

Nadie la ha interrogado, nadie la ha torturado, nadie ha abusado de ella. En teoría, este tipo de detención supone una tortura

según las Naciones Unidas, aunque ¿quién les hace caso hoy en día? La ONU sucumbió a sus conflictos internos cuando los Estados Unidos la abandonaron, y el Reino Unido carecía de la fortaleza necesaria para mantener a raya a China y a Rusia.

¿Tienes miedo?

No. Es cierto, controlan mi cuerpo, pero mi cabeza es más fuerte que la de todos ellos juntos. No voy a hundirme, si te refieres a eso.

¿Qué piensas de la muerte?

Si me muriera hoy, ya no podría morirme, como dice la canción.

Tè necesito viva.

Verás, me encantan estas charlas, pero ahora mismo no te aseguro que vaya a sobrevivir. Puede que me vean hablándole a la nada y me lleven a un psiquiátrico.

Todavía tengo muchas cosas que contarte.

Si fuera necesario, Femi soportaría que la dejaran incomunicada. No le resultaría fácil, pero lo sobrellevaría. Cuenta con la ventaja de saber muy bien cuáles son sus puntos fuertes y sus puntos débiles, lo cual a veces molesta a los demás, porque no se la puede adular y porque rara vez se muestra insegura o incómoda. El caso es que alguien que no se esperaba ha estado viniendo a verla a la celda, con cierta cotidianidad, y esto la ha ayudado a afrontar los meses de encierro. Sin embargo, sus captores no son conscientes de esto, por lo que Femi cree que podrían estar perplejos al verla tan serena.

No es la hora de salir a hacer ejercicio y tomar el aire, así que se extraña cuando vienen a buscarla. Además, la luz es más intensa de lo habitual, teniendo en cuenta que aún es por la mañana. Lo normal es que la saquen por la tarde. ¿Le habrá echado pelotas Jack Jacques y habrá autorizado una ejecución sumaria? No está lista para morir, pero se ha enfrentado a muchas cosas para las que no estaba lista y las ha superado.

La sientan delante de un burócrata cualquiera con aires de grandeza, el cual le comunica que la van a dejar en libertad al día siguiente, aunque no le aclara el motivo. Quizá sea exagerado llamarlo «libertad», dado que nunca más se le permitirá regresar a Rosalera.

—Quiero hablar con Kaaro —solicita—. No por teléfono; en la misma sala. Hoy.